

## 10) La necesidad

*Necessitas* es una palabra derivada de *nesesse*, que, por lo que parece, está compuesta del prefijo negativo *ne-* y del verbo *cedere*, que significa «ceder, retroceder». La necesidad es, por lo tanto, una realidad o una situación de la que no es posible escapar, que no se puede evitar, de la que no se puede huir.

Así pues, la necesidad es la realidad en cuanto tal, la realidad de nuestra condición humana y terrena de la que no podemos huir, a menos que se viva en el sueño, en la ilusión. En la mitología grecorromana, *Ananké*, la *Necessitas*, era la divinidad que personificaba el destino, la necesidad inalterable, la fatalidad, por lo tanto, una dimensión de la vida humana con un carácter terrible, porque no se puede dominar, conocer, ella misma es la que obstaculiza la libertad y amenaza la vida y la alegría de los hombres.

El Cristianismo no quita nada del drama de la necesidad de la realidad de la vida humana, pero permite ver la realidad necesaria como expresión y voluntad de un Dios amoroso y creador. La realidad no es el océano tempestuoso en el que el hombre es arrojado como una minúscula barca, sino que es el inmenso signo de la providencia del Padre con el que el hombre entra en contacto y en diálogo con este mismo Dios y Padre. La circunstancia necesaria, inevitable, se convierte en lugar donde podemos responder a la voluntad de Dios, convertirnos en responsables ante el Padre.

Con respecto a esto, la actitud de Jesús en la barca, en medio de la tempestad del mar, es significativa: «Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande que la barca quedaba tapada por las olas; pero él estaba dormido. Acercándose ellos le despertaron diciendo: «¡Señor, sálvanos, que perecemos! Les dice: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?» Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: «¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?»» (Mt 8,23-27). Jesús duerme como un niño en los brazos de su madre. Sin embargo, los discípulos tienen miedo y gritan: se sienten envueltos por un destino de muerte que no pueden controlar. La necesidad de esta circunstancia como realidad de la que no pueden huir es para ellos como una tortura. Jesús les llama a la confianza, a la fe, y lo hace mostrando que domina perfectamente esta realidad terrible y amenazadora.

Pero, atención: Jesús no regaña a sus discípulos por no saber dominar un mar agitado. Los regaña por no creer que Él puede y sabe dominar todo. Todavía no creen que Él es Dios, y que la necesidad no es una realidad ante Él, o en competición con Él, sino una realidad en sus manos. Los discípulos deben aprender que es Cristo el que hace cesar el influjo dominante de la necesidad en la vida de los hombres. Sin Cristo, la necesidad es una divinidad temible. A la luz de Cristo, la necesidad es creación, por lo tanto, expresión del amor de Dios o, en todo caso, realidad que Dios puede y sabe dominar siempre.

A la luz de la revelación judeocristiana, la necesidad, más que amenazar y aplastar al hombre con su carácter ineludible, se convierte en espacio de trabajo, se convierte en realidad de la que el hombre puede hacer algo, una realidad con la que el hombre puede interactuar para su bien y el bien de los demás.

Cristo nos revela, de este modo, que la realidad necesaria de la existencia no es solo y primero de todo una consecuencia y un castigo del pecado original. Jesús nos ofrece y nos pide volver, mediante la fe y por la gracia, a la relación con la necesidad que Adán tenía antes del pecado.

Como he señalado antes, el trabajo es una vocación del hombre desde su creación. Es el trabajo fatigoso el que es una consecuencia del pecado, pero no el trabajo como tal.

En efecto, leemos en el segundo capítulo del Génesis: “No había aún en la tierra arbusto alguno del campo, y ninguna hierba del campo había germinado todavía, pues Yahveh Dios no había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre que labrara el suelo (...). Luego plantó Yahveh Dios un jardín en Edén, al oriente, donde colocó al hombre que había formado. Yahveh Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer (...). Tomó, pues, Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase” (Gén 2,5-15).

La dimensión del trabajo de la tierra, por lo tanto, del trabajo sobre la naturaleza que Dios ha creado, es contemporánea a la creación del hombre. También la creación de la vegetación se hace solo en función del hombre que puede trabajarla, alimentarse de ella y admirarla. El trabajo forma parte del proyecto que Dios ha pensado al crear al hombre. Sin el trabajo humano es como si la tierra, la naturaleza, no tuviera sentido. Dios crea para que la creación sea creativa, y ésta no lo es sino con el trabajo del hombre.

Así pues, en Cristo es como si la necesidad volviese a su estado paradisiaco, al trabajo de Adán antes del pecado. Es significativo que la necesidad de la que habla aquí san Benito sea la del trabajo de la recolección, que es seguramente el primerísimo trabajo que Adán hizo, porque “Yahvé Dios hizo brotar del suelo toda clase de árboles deleitosos a la vista y buenos para comer”. Adán solo tenía que recoger los frutos para alimentarse de ellos, junto con Eva. Cristo nos permite volver a esta necesidad positiva, incluso si ahora el trabajo es trabajoso, mientras que no lo era antes del pecado.

Cristo nos permite, por lo tanto, reconciliarnos con la necesidad. Ésta no es una divinidad colérica, ni una maldición, no es un inconveniente o un obstáculo al proyecto de Dios sobre nosotros, sino más bien una posibilidad de volver a este diseño y de vivirlo en colaboración con Dios. Nuestro trabajo en la necesidad de lo real se convierte para nosotros en una obra de Dios, una participación en la obra de Dios, como la oración del Oficio, del *Opus Dei* que realizamos en la iglesia.

Este tema lo volveremos a retomar, porque el uso del término *necessitas* es abundante en la Regla y no concierne solo con al ámbito del trabajo manual. En efecto, la verdadera *necessitas loci* que nos encontramos de frente en cada momento, es la del cuerpo, el nuestro y el cuerpo comunitario del que estamos llamados a ser miembros vivos. El trabajo manual es solo un elemento de la vida de este cuerpo. Las manos han de trabajar en unión con todo el cuerpo, de otra forma sería terrible y absurdo, como la mano que el rey Baltasar vió escribir por sí sola en el muro de su palacio «*mene, tekel, peres*»... (cfr. Dn 5).